

Alberini, Coriolano: *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*, Departamento de Filosofía, Instituto de Estudios Sociales y del Pensamiento Argentino, Colección Pensamiento Argentino, Fac. de Humanidades y Cs. de la Educ., Universidad Nacional de La Plata, 1966.

Todos los trabajos del profesor Alberini publicados en este volumen están guiados por una idea principal en torno a la cual las demás adquieren una importancia secundaria: la consolidación de un pensamiento nacional.

Para ver en realidad el verdadero sentido de su prédica es necesario situarla históricamente en la lucha que entabla contra la cultura positivista de fines del siglo XIX y principios del XX. El país vivía una época de eufórica expansión (tanto económica como socialmente). Económicamente, la industrialización de los países europeos y la mejora de los medios de navegación, abre para los países no industrializados la posibilidad de transformarse en productores de materias primas de aquéllos, y socialmente, a fines de siglo se incrementa en forma pronunciada la colonización agrícola por medio de inmigrantes europeos. La Argentina era para esta generación un enorme campo que se agrandaba continuamente, cuyos productos tenían ya asegurado su intercambio por manufacturas europeas. Esto, en concordancia con los ideales que guiaron su actuar, daba a las clases dirigentes una visión muy inmediata del progreso, sin perspectiva de futuro. La idea de progreso sólo se vinculaba a las cifras de exportación o importación sin visión de un desarrollo integral. El ideal cientificista entroncado en la realidad de un país no desarrollado técnicamente pero eufórico del progreso dado por el comercio exterior, se traducía en conocimientos abstractos que no representaban la verdadera realidad nacional.

Alberini señala la relación entre un ambiente de fuerte progreso vegetativo y cultura superficial, donde se hace hincapié en lo inmediato y no en lo futuro: "El progreso vegetativo tiende a instaurar la prelación de los valores-medios a costa de los valores-fines". (Pág. 103). El positivismo, aparte de su cientificismo y negación de la metafísica (ideas que Alberini también desdeña), se daba en la Argentina como una cultura abstracta, superficial, sin nivel filosófico; los positivistas eran "meros diletantes del cientificismo" con marcada "indiferencia por los problemas más dignos del hombre". Ante la perspectiva de una filosofía indiferente a lo axiológico y renuente a toda sistematización, el antipositivismo de Alberini proclama como medio de lucha la entrada de las nuevas ideas filosóficas europeas en su mayoría de corte idealista (Hegel, Croce, Gentile, etc.), la información concienzuda y técnica de los actuales problemas de la filosofía como premisa para la formación de una verdadera cultura filosófica. Ante el diletantismo positivista, la meta era alcanzar una cultura sensible a las necesidades del hombre argentino y cargada de "legítima universalidad". La filosofía europea debía ser asimilada con espíritu crítico, de acuerdo a las necesidades y particularidades del país.

Tomando la idea de Herder y el historicismo romántico, Alberini reclama la invalidez de la filosofía abstracta y universal. Sólo en las concretas situaciones históricas y geográficas puede darse la verdad humana y universal. Es decir, que la filosofía debe tener un valor histórico, claro está que no desco-

nociendo la validez de una humanidad universal en la cual está integrada. La filosofía tiene un sentido concreto en la medida en que es un conocimiento histórico y relativo de una verdad absoluta que se va revelando en el tiempo.

“Toda nacionalidad es una determinada manera de vivir la vida humana”. (Pág. 114). Alberini se refiere en este caso a la filosofía como expresión histórica de las características de un pueblo. Hay una axiología colectiva latente en cada pueblo o nación que se forma en torno a una comunidad de intereses y necesidades. En nuestro caso faltaba la interpretación de esa axiología latente. La cultura positivista, ligada a una concepción económica liberal (que hacía del internacionalismo un dogma), estaba lejos de considerar al país en su verdadero sentido. “La germinación inconciente de la nueva actitud axiológica dentro de la colectividad suele ser previa al surgimiento del genio ético individual”. (Pág. 109). De aquí su reivindicación del espíritu nacional como planteamiento de necesidad histórica.

La filosofía tiene un valor universal, pero los filósofos son hombres, y éstos filosofan desde su perspectiva concreta e inmediata; por lo tanto, el desconocimiento del valor histórico de las distintas corrientes filosóficas nos haría caer en un internacionalismo abstracto e inoperante sin ningún sentido de realidad, permaneciendo extraño a ella, y por ende, al hombre en su situación real. Si no hay un nexo entre el hombre real y su pensamiento, la filosofía pierde su sentido humano e histórico para pasar a ser una entelequia relacionada con el hombre ideal y no con el hombre real. “El filósofo debe identificarse intuitivamente con la historia, esto es, no para negarla con ensueños vacuos, sino para contribuir a su sentido ideal nutrido de realidad”. (Pág. 118). El caso contrario nos llevaría al otro extremo: a desconocer el valor universal de la humanidad y caer en un nacionalismo irracional cuya máxima expresión sería el imperialismo (en su aspecto ideológico), que desconociendo toda universalidad trata de imponer por la fuerza su propia concepción axiológica nacional a otras naciones. En este aspecto la concepción de Alberini se resumiría en esta fórmula: “Ni deificación del hecho, ni platonismo retórico”. (Pág. 118).

Sólo por el análisis histórico de las ideas argentinas puede encaminarse la búsqueda del espíritu nacional. En los hechos políticos del pasado y en los ideales que los guiaron se encontrará sentido al presente. En la historia de las ideas argentinas hallaremos el espíritu nacional —la axiología colectiva— enraizada en la tradición que nos llega hasta hoy y que conforma al país. Alberini plantea la necesidad de una historia de las ideas argentinas por la relación estrecha que han tenido en la trayectoria americana las creencias filosóficas con los hechos políticos. “Se impone, por ende, una historia del espíritu argentino, imaginado a través de las militantes creencias filosóficas de nuestros próceres, ya que las ideas dieron sentido a su acción”. (Pág. 26). Se podría hablar entonces de una relativa originalidad filosófica del pensamiento argentino en la medida en que estas ideas europeas eran adaptadas y seleccionadas con un criterio nacional.

La escolástica, el iluminismo, el romanticismo, el positivismo y la reacción antipositivista, son las etapas en que a grandes rasgos Alberini divide la historia del pensamiento nacional. La escolástica está representada por el pen-

samiento colonial antes de 1810; el iluminismo se encarna en los ideales de Mayo y posteriormente en la ideología unitaria de la cual Rivadavia es su máxima expresión; el romanticismo en la generación del 37 y la constitución de 1853; el positivismo en la generación del 80 y luego la del 90. El antipositivismo (de la cual el autor es uno de sus protagonistas) nace alrededor de 1910 y podríamos decir que no tiene implicancias políticas (por lo menos inmediatas), pues aparece como reacción ante un pensamiento anquilosado y como necesidad de jerarquizar la actividad filosófica, de darle "tercera dimensión" al pensamiento argentino, de abandonar el campo de la *weltanschauung* para entrar en el pensar sistemático y autónomo.

En lo que respecta al criterio selectivo sobre las ideas de cualquier origen dado por el espíritu nacional se nota que en la obra de Alberini faltaría precisión para llegar a determinar el contenido y ubicación de la "axiología colectiva", pues de su interpretación depende el sentido de la historia argentina.

La "axiología colectiva" o espíritu nacional se podría definir como la escala de valores (formada por diferentes causas históricas y geográficas) que culturalmente constituye una nación, diferenciándola de las demás. Es homogénea en cuanto a sus rasgos externos, caracterizadores de la nacionalidad, pero internamente no es uniforme. En ella se reflejan las diferencias políticas, económicas, culturales, tanto como las influencias externas, que hacen que la axiología no sea homogénea sino en sus caracteres generales dados por un origen y tradición históricas comunes. Pero lo que importa aquí (en cuanto buscamos las raíces históricas de una conciencia nacional) y lo que conforma el núcleo central del espíritu nacional es la voluntad de construir una nación. La "axiología colectiva" puede caracterizar genéricamente al país, pero la identificación de espíritu nacional con la voluntad (sea consciente o no) de construir una nación (que es lo importante para una valoración histórica) sólo se da en sectores de esa colectividad. Cada época histórica se da con características diferentes, y los distintos intereses o ideas existentes pretenden modificarla de acuerdo con la concepción que tengan sobre esta realidad; es así como podemos hablar de personas, clases o sectores que son intérpretes del verdadero progreso de esa época, de sectores en los que se encuentra el sentido histórico, y, en la medida que se entronca con una situación geográfica, el sentido histórico nacional. En la corta pero accidentada historia de nuestro país se hacen evidentes estas divergencias que (aunque quizás no todas esbozadas conscientemente) son traductoras de diferentes concepciones. Hernández Arregui, refiriéndose a esta división en el concepto de patria, lo expresa de la manera siguiente: "Así el rasgo contradictorio principal del "ser nacional" en los países unidos a la órbita de las grandes potencias mundiales, es en determinadas clases, como proyección mental del imperialismo sobre las colonias, el sojuzgamiento acatado del "ser nacional" a la voluntad extranjera, y en otras clases, una disposición contraria de no entrega del destino nacional, de la patria, de la heredad cultural, a los poderes extraños". (1) Por lo tanto,

---

(1) *Qué es el ser nacional*, pág. 21, Ed. Hachea.

en la medida en que interese descubrir la "axiología colectiva" como criterio para forjar un pensamiento nacional, su núcleo se encuentra en la voluntad de ser nación.

Poco después de 1810 las Provincias Unidas se hallan divididas por dos grandes corrientes políticas que signan la historia argentina: el interior y Buenos Aires; federalismo y unitarismo. Por un lado, el interior con su federalismo, sus montoneras y caudillos, defensores de las industrias artesanales; por el otro, la provincia de Buenos Aires, dueña de las rentas del puerto, abierto a las importaciones europeas que arruinaban la poca industria nacional. "... la percepción de casi todos los ingresos disponibles por esa aduana local constituyó para la ciudad una permanente incitación al aislamiento y para las restantes ciudades un pernicioso ejemplo que muy luego aprovecharon creándose aduanas propias". (2) Las guerras civiles argentinas fueron la resultante del choque de estas dos fuerzas encontradas dentro de una misma nación. Buenos Aires, con el control de los ríos, del puerto y dueña de las rentas de la aduana, lesionaba los intereses de las provincias interiores. El puerto fue el lugar donde se estructuró al país fundamentando un liberalismo internacional que desconocía los intereses nacionales confundiendo los con los porteños. En la nacionalización del puerto en los orígenes y en la protección de la industria nacional, radicaba la auténtica política nacional, la voluntad de ser nación. En este sentido los ideales europeos, que servían a los intereses porteños, faltos de una interpretación consustanciada con el pueblo, en su mayoría no representaban los intereses del verdadero país. La historia de las ideas argentinas se ve envuelta en esta dicotomía: "barbarie o civilización", de un lado el sentimiento colectivo, el pueblo bárbaro; del otro las ideas que debían interpretarlo. Las ideas europeas en el Río de la Plata en general no tuvieron sentido nacional; de una manera o de otra sirvieron para fundamentar el liberalismo internacionalista de los porteños (el libre cambio, la política centralista, la posesión de las rentas aduaneras, el control de los ríos interiores, etc.) que arruinaba la incipiente industria nacional (fuente de toda independencia) y que más tarde plegó al país a una división internacional del trabajo asignándole un papel exclusivamente agropecuario. Es importante hacer notar que las ideas europeas no eran esencialmente negativas sino que, por falta de un criterio nacional en su adaptación o recreación, siguieron siendo europeas en tierra americana: y en esto radica su negatividad. Cada una de ellas tuvo una concepción distinta de la realidad, que varió en su aplicación de acuerdo con sus diferencias ideológicas, con la época, con las condiciones internas y externas del país, pero con diferentes características el desapego a lo nacional fue y es el problema clave e irresuelto de nuestra historia. El desarraigo ideológico que marca a fuego la historia del pensamiento argentino impidiéndole trascender, es la raíz y causa de la denuncia de Alberini: la relativa originalidad de nuestros próceres y la falta de un pensamiento nacional.

Alberini no señala con exactitud la ubicación de la "axiología colectiva" (que en última instancia sería el sentimiento de patria) con miras a una va-

---

(2) J. ALVAREZ, *Las guerras civiles argentinas*, pág. 58, Eudeba.

loración histórica, pero de todos modos su obra es una contribución muy grande al esclarecimiento del problema nacional. Su mayor valor y su actualidad se encuentran en la lucha contra una axiología abstracta transportada a una realidad que no corresponde, es decir, en una concreta conciencia histórica, en la humanización del hombre en sentido concreto.

En un territorio como éste, donde el nativo fue casi eliminado y formado por corrientes inmigratorias de diferente origen, penetrado de ideologías europeas, no se ha podido consolidar en sus clases dirigentes un pensamiento nacional, pues es evidente que existe una axiología inconciente en el pueblo, pero sólo muy pocas veces interpretada. En este sentido, pensadores como Alberini son el punto de partida para una búsqueda clara y conciente de ese espíritu nacional que aparece tan confuso y mezclado en nuestra historia. En esta búsqueda se juega no sólo una cuestión de carácter meramente intelectual, sino, en el grado más amplio, el porvenir de nuestro país como pueblo independiente.

El tema y la necesidad de la formación de una conciencia nacional (de la manera en que se presenta en la obra de Alberini) nace dentro de una inquietud espiritual colectiva. Sólo en una nación que se halla alejada de su meta histórica crece esta preocupación que se presenta conjuntamente con el análisis y revisión de los esquemas históricos constituidos hasta ese momento. En cada época hay una conciencia histórica que encamina el destino de una nación (siguiendo la parábola de Alberini, diríamos que es la idea rectora de la "fuerza que sacude el árbol de la historia para que caigan las hojas secas y los frutos podridos"). En esta nación nace como producto de una realidad madura históricamente y como contrapartida de los intereses que se oponen a ella.

HUGO A. FRANCO